

OPTIMISMO PEDAGÓGICO Y ALEGRÍA EN LULIO

Pese a las frecuentes depresiones que jalonaron su vida de grandes fracasos, Raimundo Lulio fué un hombre optimista, jovial y un infatigable sembrador de entusiasmos. En él, como dice acertadamente el doctor Tusquets, «la alegría es congénita; la tristeza, ocasional, y a menudo postiza...» (1). No es un hecho casual ni aislado, sino sintomático y expresivo de la modalidad optimista de su alma, el que Lulio dé comienzo a su obra capital—*Llibre de Contemplació*—, hablando de la alegría, a la que dedica los tres primeros capítulos. En ellos desarrolla la triple tesis de que el hombre debe alegrarse de que Dios exista, de la propia existencia y también de la existencia del prójimo. Para que se vea cuál era el tono jubiloso y el sentimiento de gozosa potencia con que comienza la inmensa contemplación, basta citar estas frases: «Así como el hombre ebrio, vencido por el poder de un vino tan fuerte, apenas conserva su juicio; así, Señor, yo estoy tan alegre de mi existencia que apenas estoy en mis cabales...» «Siento mi fuerza más fuerte y mayor que la de las montañas» (2). «Nos alegramos con gran alegría en Vos, Señor, pues se sigue un gran bien de vuestra existencia...» «Abrid, Señor, todas las ventanas y puertas de mi casa para que toda se llene de gozo y de alegría, la cual debemos tener, puesto que Vos existis» (3). Estas palabras son suficientes para comprobar el violento contraste de la actitud de Lulio con la actitud de ciertos pensadores de la moderna filosofía existencial, para los cuales la existencia del hombre, vivida auténticamente, es, sobre todo, náuseas y angustia.

El pensamiento de Lulio no se contaminó jamás con las doctrinas pesimistas que flotaban en el ambiente de su época. Su Dios es providencial, paternalísimo, infinitamente amable y misericordioso. La bondad del universo es una verdad fundamental de su pensamiento. No profesó, sin embargo, la doctrina del «optimismo» heterodoxo, error filosófico-teológico del que ha sido acusado nuestro autor y que consiste en suponer en Dios la necesidad de crear el mejor (*optimum*) de todos los mundos posibles. La

(1) Tusquets, J., *Ramón Lull, Pedagogo de la Cristianidad*. C. S. I. C., cap. VI, pág. 151.

(2) Obra citada, cap. II, pág. 12.

(3) Idem., cap. I, pág. 10.

bondad del mundo para Lulio descansa en el hecho de que toda criatura, con todas sus limitaciones y deficiencias, es vestigio de Dios e imagen de sus divinos atributos. El alma del hombre realiza el ejemplarismo con mayor perfección que los otros seres creados, porque «es más noble criatura que cuerpo alguno, y así puede reflejar mejor las semblanzas de Dios, porque Dios es un ser espiritual y también lo es alma» (4). El pecado de origen, que erróneamente clasifica entre los veniales, no destruyó la dignidad humana: el hombre, a pesar de las malas inclinaciones que a veces perturban su paz, conserva sus tendencias sanas a la verdad, a la bondad, a la belleza y a la eternidad. El hombre luliano no teme a la muerte, que no es la vuelta a la nada de donde procede, sino el paso ineludible y la puerta que da entrada a la eternidad bienaventurada.

Estos aspectos de la doctrina de Lulio, de evidente filiación agustiniano-franciscana, revelan un optimismo doctrinal sano y equilibrado. Sin embargo, no siempre discurre su pensamiento por estos cauces: en ocasiones, como cuando intenta probar «por razones necesarias» las verdades de la revelación, llega en su optimismo a extremos inaceptables.

Consecuente con su personal modo de ser y con las características generales de su pensamiento filosófico, la pedagogía de Raimundo Lulio tiene entre sus notas fundamentales la de la alegría y el optimismo. Dispersos en su vastísima producción y, sobre todo, en las obras de más rico contenido pedagógico, hemos hallado numerosos fragmentos que ponen de relieve la importancia que la alegría tiene en la pedagogía del Doctor Iluminado. En efecto, la alegría constituye para Lulio un poderoso instrumento educativo, una condición necesaria para lograr una enseñanza eficiente. Pero, además de esto, la alegría, que en su mente significa el resumen y la concreción de todas las virtudes, es una de las metas esenciales de la educación. Un hombre cristiano estará tanto mejor educado cuando con mayor perfección logre reflejar en su alma las dignidades divinas, esto es, cuando el alma, que es imagen de Dios, imite con mayor fidelidad las perfecciones de su divino modelo. Y una de las dignidades de Dios, que nunca olvida Lulio, es la gloria, cuyo trasunto en el hombre es la alegría: «La alegría del alma—dijo el ermitaño a Félix—es similitud de la gloria que Dios tiene en su esencia; porque como Dios ha creado el alma a su similitud, y Dios es gloria, la gloria de Dios infunde alegría en el alma del hombre, por cuya causa la alegría tiene similitud con la gloria de Dios» (5).

Una de las ideas favoritas de Lulio, que insistentemente repite y baraja en muchas de sus obras, es la de la «primera y segunda intención». Ella es la que mejor define el carácter general de su pedagogía. «Para ser memorado, conocido, amado, honrado y servido, creó (Dios) al hombre... Amado hijo, ésta que he dicho es la principal razón por qué y para qué es el hombre (primera intención); e inferior a ésta hay otra, que es la de que el hombre es para que goce de la gloria en el cielo memorando, conociendo y amando a Dios perdurablemente y sin fin (segunda inten-

(4) *De Anima*, cit. por J. Tusquets, obra citada, pág. 252.

(5) *Félix de las Maravillas*, libro VIII, cap. XCV.

ción) (6). Lulio observa que en el mundo existe una bella ordenación, y que todas las criaturas—elementos, bestias, plantas...—hacen aquello para lo que han sido creadas, excepto el hombre pecador que frecuentemente hace todo lo contrario.

«La pedagogía luliana es una pedagogía de la primera intención, que comienza por las cosas generales para descender a las especiales y, auxiliada por el Arte General, culmina en la imitación de las virtudes divinas» (7).

Conocida la finalidad de la pedagogía luliana, se comprende fácilmente que la educación moral ocupe en ella el más destacado lugar. En efecto, si los hombres han de obrar en todo momento de acuerdo con la primera intención, si se quiere conseguir una Cristiandad robusta y sana, el único remedio será «suscitar una legión de santos que observen heroicamente los deberes de su estado u oficio» (8).

No es nuestra intención desarrollar las etapas de la educación moral ni estudiar los recursos metodológicos de que se vale Lulio para fomentar los hábitos virtuosos; pero si queremos poner de relieve la insistencia del polígrafo mallorquin en afirmar que el ejercicio de las virtudes lleva siempre emparejada la alegría, y que el secreto de muchas tristezas se debe al orgullo, a la gula, a la ira, a la lujuria, a la avaricia. A lo largo del Libro VIII del *Félix de las Maravillas*, hemos encontrado multitud de ejemplos, comparaciones, etc., que certifican la verdad de nuestra afirmación. Como muestra recogemos al azar los siguientes: «Hijo, con la paciencia se consigue el consuelo y la alegría, y por la ira nos viene el desconsuelo y la tristeza...» (9). «... y habiendo Félix entendido todo esto, sintió en sí una gran alegría, de que también se maravilló por no alcanzar la causa, hasta que vió que procedía de que él era Virgen, y sentía alegría porque su naturaleza se deleitaba en la virginidad» (10). Un príncipe que deseaba ser templado en sus tentaciones, «repetía por tres veces que la templanza alegraba a los hombres cuando se habían levantado de la mesa, y que la gula los entristecía» (11).

En la pedagogía de Lull no cabe la tristeza, porque ésta supone la ausencia en el alma de una cualidad que es preciso cultivar para que sea más perfecta su semejanza con la divinidad. Sin la alegría el hombre no puede progresar ni mantenerse en las virtudes, generadoras a su vez de auténtica alegría y único camino que conduce a la Alegría.

* * *

Descendamos ahora a otros aspectos más concretos de la pedagogía luliana, en los que claramente se cumple lo que venimos diciendo.

Para lograr una mayor eficiencia en la instrucción, Lull procurará

(6) *Félix de las Maravillas*, libro VIII, cap. XLVI, pág. 762. *Obras literarias*, de Ramón Lull, de la BAC.

(7) Carreras Artau, T. y J., *Filosofía cristiana de los siglos XII al XV*.

(8) Tusquets, J., obra cit., cap. XIV, pág. 370.

(9) Cap. LXXV, pág. 843.

(10) Cap. LX, pág. 794.

(11) Cap. LXIX, pág. 825, en *Obras literarias*, de Ramón Lull, de la BAC.

que todos los factores que concurren en la organización de la enseñanza contribuyan a la creación de un ambiente optimista, afectivo, cordial, alegre, en el que el alumno se encuentre a gusto y le ayude a progresar en los estudios.

El primer factor que tiene en cuenta es el maestro. Lull no enumera explícitamente las cualidades que deben adornar al buen maestro; pero si examinamos sus obras de contenido más pedagógico, como el *Blanquerna* y *Doctrina pueril*, por ejemplo, podemos conjeturar con toda probabilidad que le exige tres clases de condiciones: intelectuales, morales y didácticas. En el terreno intelectual ha de dominar la ciencia o ciencias, cuya enseñanza ha de acomodar a la mentalidad y condiciones de los oyentes. Moralmente, el maestro luliano ha de poseer muchas virtudes, sin que nunca le falten la paciencia, el amor, la ecuanimidad y el generoso deseo de comunicar a sus alumnos la ciencia y la virtud. No hace falta decir que Lull concederá la máxima importancia a las condiciones morales, sin las cuales las intelectuales carecen de todo valor y pueden ser, con frecuencia, causa de muchos males. Es lo que nos dice en *Blanquerna* al contarnos el caso de un monje de mucha ciencia, pero vicioso, que corrompe con sus malas costumbres a todos los que recibieron sus enseñanzas (12).

Entre las condiciones didácticas señala, en *Doctrina pueril*, las de hablar con orden y belleza (13).

La alegría tampoco podía faltar en la lista de cualidades que Lull exige a sus maestros. Desconfía de los educadores de semblante severo, voz áspera y gestos malhumorados. El sabe que el hombre alegre seduce y arrastra y se hace amable a los jóvenes. Veamos un párrafo del *Llibre de Contemplació*, donde Lull nos explica el porqué debe el maestro aparecer alegre ante sus alumnos: «... así como el maestro que enseña conviene que embellezca sus palabras poniendo bella cara y semblante sonriente, porque el entendimiento da lo que guarda en la memoria—por cuyo don la voluntad debe hacer sonreír la cara del maestro, ya que éste ha de tener placer en dar—, el alumno, en cambio, que desea aprender y entender, debe poner cara sabia y no sonriente, por la razón de que el entendimiento guarda en la memoria y no da». Machaconamente repite a continuación: «Así como la cara del maestro debe presentar un aspecto alegre, con el fin de comunicar alegría a sus discípulos, así la cara de éstos debe tener un semblante de tristeza, porque el entendimiento, en vez de dar, recibe» (14).

Notemos cómo muchos siglos antes de que Ramón Lull escribiera las precedentes palabras, San Agustín defendió la necesidad de la alegría en el maestro (catequista) con semejantes razones a las que da nuestro autor. Nos referimos al tratado «De Catechizandis rudibus», donde el santo Obispo dice, entre otras cosas, que se nos escucha con mucho más gusto cuando mostramos nuestra complacencia en explicar. La dificultad de la

(12) Cap. LVI, pág. 309, en *Obras literarias*, de Ramón Lull, de la BAC.

(13) Cap. LXXIII, núm. 9, en *Obras literarias*, de Ramón Lull, de la BAC.

(14) Cap. CCCLIX, pág. 543.

lección no estriba en determinar por dónde ha de empezar y hasta dónde ha de llegar, sino en que el catequista esté alegre y se goce en comunicar el saber. Hay que ofrecer con alegría los dones materiales, y más aún los espirituales.

Si examinamos la *Doctrina pueril*, especialmente la parte primera o religiosa, nos percatamos de las altas cualidades que debió poseer el educador práctico que había en Ramón Lull. Las enseñanzas de la extraordinaria obrita, «seguramente el primer libro didáctico para niños, producido en lengua romance» (15), están perfectamente adecuadas a la mentalidad de aquellos a quienes van dirigidas. La claridad, la brevedad, la ternura o amabilidad son patentes en casi todos sus capítulos. Y también la alegría, porque para que la catequesis tenga eficacia y se reciba con agrado, debe darse con rostro alegre y amorosa solicitud. Entendiendo Ramón Lull que su libro iba destinado a los niños, se propuso escribirlo lo más llanamente que pudiera. Y cumplió con acierto maravilloso su propósito. El libro es de una ingenuidad y sencillez encantadoras. Con las más altas verdades de la fe, sabe Lull preparar unas lecciones agradables y fácilmente asequibles. Cada página del libro nos hace imaginar el rostro amoroso y sonriente, ungido de alegría santa. Con gran acierto aprovecha todas las buenas ocasiones que el tema le brinda para procurar pensamientos de alegría. Hablando del Juicio, por ejemplo, se esfuerza por levantar el entendimiento de su hijo a considerar el gozo que tendrá si se conserva bueno: «En aquel día verás al Hijo de Dios, que vendrá sobre las nubes con los ángeles del cielo. Aquel día será de gran alegría para todos aquellos que en este mundo habrán sido sus servidores» (16). Y para que se acostumbre a recibir siempre con alegría los trabajos y las penas de la vida le hace notar el gran gozo y la felicidad que recibirá a cambio de ellos. Al cantar los gozos de María su lenguaje cobra nueva vida. Son notables la ternura y suavidad con que narra la salutación del Arcángel a la Virgen, la alegría que tuvo en el nacimiento de su Hijo, en la adoración de los Reyes, en la resurrección de Jesús, etc.

Aunque Lull nos haya dicho que el alumno, mientras explica el maestro, debe poner «cara no sonriente», no quiere significar que deba estar triste. Se trata sólo de una seriedad externa, aparente, que no está reñida con la alegría interior, sin la cual el acto de entender se realiza deficientemente: «Naturaleza es del entendimiento que entienda mejor cuando el hombre está alegre y contento que cuando está airado, porque la ira turba el entendimiento, y por la turbación no entiende aquello que podría y debería entender si el hombre no estuviera airado» (17).

A pesar de lo dicho, Lull no excluye radicalmente el temor y la severidad, que habrán de usarse cuando con el amor no se consiga lo que se pretende: «El rey pregunta de qué manera criará a su hijo para que sea un buen monarca cuando él fallezca. Y el consejero le responde que pri-

(15) Tusquets, J., obra cit., cap. XV, pág. 417.

(16) Cap. XII, núms. 5 y 6.

(17) *Blanquerna*, cap. LXXXI, pág. 411.

meramente le crie con amor, pero si ve que este procedimiento resulta completamente ineficaz, entonces le crie con temor» (18).

Lull no olvida los otros factores que ayudan a hacer provechosa y eficaz la enseñanza. Para el buen éxito de la educación habrá de procederse a una racional distribución del tiempo; dispondrán los alumnos de material adecuado, y el local donde se dé la enseñanza reunirá las condiciones debidas: «... el abad y toda la comunidad entraron en el capitulo con *Blanquerna*, para el fin de ordenar y establecer los estudios. Y fué ordenado por todos que se destinase un puesto del monasterio que fuese más a propósito y conveniente para estudiar y leer. Después de haber destinado el puesto proporcionado para el estudio, ordenaron también el tiempo, porque sin ordenación de tiempo no puede ser provechoso el estudio» (19). Fácilmente imaginamos que sería espacioso, soleado, alegre y ventilado el local elegido para establecer los estudios, y en lugar ameno y silencioso el emplazamiento de la escuela. Así nos lo hace pensar la afición de Lull al aire libre y su amor a la naturaleza. Nos lo confirma, además, el hecho de haber construido su colegio de lenguas orientales en uno de los lugares más retirados, bellos y risueños de Mallorca: *Miramar*.

Con libros de texto tan didácticos como los que Lull supo elaborar; con un horario pensado para hacer más provechoso el estudio y evitar la fatiga a los escolares; con una escuela de las características señaladas y con maestros joviales y amables, Ramón Lull lograría un ambiente grato a los alumnos. A esto hay que añadir las horas de recreación, que de seguro no habrían de faltar, como nos lo demuestran estas palabras del *Félix de las Maravillas*: «Luego que hubo concluido el filósofo la lección, se entró en un bello vergel en compañía del hijo del rey y de otros discípulos, entre los cuales iba Félix. Y en tanto que iban por él, miraban los árboles, las flores, las aguas y las demás cosas agradables a la vista» (20). «Una vez sucedió que un filósofo se iba a pasear por una llanura con gran séquito de discípulos...» (21).

La movilidad, el dinamismo juvenil, encuentran en el activísimo Lull a un gran defensor. El niño sufre si se limita o sofoca la actividad. Hasta los ocho años, en que empieza la edad escolar, quiere Lull que el niño tenga absoluta libertad de movimientos. Así Aloma no prohibió a *Blanquerna* «cosa alguna de las que la naturaleza apetece y requiere en aquella infantil edad, así es que hasta los ocho años le permitió vivir con libertad y según el curso natural» (22). A partir de esta edad, ocupado en el serio trabajo del estudio, encontrará otros cauces para su actividad, que se correlaciona positivamente con la alegría. El alumno no será un mero receptor pasivo de las enseñanzas del maestro, sino que, por el contrario, establecerá diálogo con el profesor, preguntando, pidiendo aclaraciones, sugiriendo nuevos problemas o soluciones.

(18) *Ars Consilii, distinctio VII, quaestio XVI*. Cit. por Tusquets, obra cit., cap. XIV, págs. 396-397.

(19) *Blanquerna*, cap. LXXXI, párrafo 1.

(20) Libro IV, cap. XXIX, pág. 691.

(21) Libro IV, cap. XXII, pág. 681.

(22) *Blanquerna*, libro. I, cap. II, párrafo 5.

Lull cultiva ese principio y esa necesidad vital que es la alegría, y combate la tristeza, que sabe que destruye la armonía de las fuerzas activas, por medio de métodos adecuados. Una doble fase muestra el método de que Lull se vale para llevar la alegría al ánimo de los afligidos y desesperados. En el capítulo XLIX del *Blanquerna* encontramos un modelo completo. Considera Lull que el dolor, sea cual fuere su fuente (dolor del pecado, de la muerte, del deshonor o de la muerte de seres queridos), produce en el ánimo del que lo sufre un descentramiento, le hace perder el control de sí mismo, de su entendimiento, y el conocimiento claro de las proporciones de su desgracia. Por esto, la primera fase de su acercamiento a la alegría consiste en devolver al afligido el control de sí mismo, el necesario conocimiento de la propia situación. Para ello Lull se vale de una argucia muy ingenua desde nuestro punto de vista, pero no por eso menos efectiva: hacer creer al afligido que su desgracia es mucho mayor de lo que él había pensado, para reducirla después a sus verdaderos límites. La diferencia de tensión a que el sujeto se ve sometido le hace ver con claridad la limitación de su desgracia y lo exagerado de su dolor.

En el capítulo citado se cuenta el caso de un pastor que llora desconsoladamente la muerte de su hijo, despedazado por un lobo. Blanquerna, que ha oído los gritos desesperados del pastor, acude en su auxilio intentando calmarle con «muy buenas y devotas palabras y razones de gran consuelo». Inútil empeño. El pastor «no quiso responderle ni dejar su llanto y duelo que hacía con todas sus fuerzas». Blanquerna pensó que por «la sobrada ira y tristeza había perdido el pobre pastor su memoria y no tenía conocimiento de sí mismo ni de sus palabras». Y es entonces cuando Blanquerna hace uso de su eficaz ardid. Tan debilitada está la memoria del pastor y tan entenebrecido su entendimiento, que Blanquerna logra hacerle creer que el lobo que aparece muerto a sus pies no es sino su propia mujer. Al persuadirse más tarde de que ha sido objeto de un piadoso engaño «se alegró en gran manera cuando conoció que el lobo no era su mujer, por cuyo gozo refrenó y disminuyó en gran parte su dolor y tristeza».

A continuación estima Lull preparado el terreno para hacer volver la alegría. Esta es la segunda fase y definitiva. Lull concibe la alegría unida necesariamente a la idea de Dios. De ahí que la segunda fase no consista, en esencia, más que en proyectar todo dolor, toda tristeza, sobre la conformidad del propio destino a los deseos divinos. En Dios toda desgracia, todo deshonor, todo temor de muerte, puede ser cambiado en un acto de paciencia, de humildad y de amor.

Lull utiliza abundantemente los ejemplos para convertir el propio dolor en un acto meritorio de humildad. En los capítulos XCIV y XCV del *Félix de las Maravillas* los hay numerosos, desde el ejemplo del dolor, cuyo motivo es el pecado mortal, hasta el del deshonor de la batalla perdida, pasando por el de la pérdida de los bienes materiales.

Todo lo dicho es suficiente para situar a Lull en la línea de los grandes optimistas de la Historia. En los libros consultados no hemos encontrado ninguna frase que resuma su optimismo pedagógico; pero, a falta

de esto, tenemos el ejemplo de su vida, la índole de muchos de sus libros y la significación del *Blanquerna*.

El doctor Tusquets, en su magistral estudio *Ramón Lull, Pedagogo de la Cristiandad*, nos dirá que los recursos empleados por el Beato en la conversión de los infieles son principalmente pedagógicos. «No puede negarse—dice—dicho carácter ni al Arte, que es un método para encontrar razones, exponerlas a los infieles y guiar al misionero en la propia santificación, ni a la fundación de colegios misionales, que es un esquema de organización docente, ni aun al propio martirio, que en su mente significa el más poderoso de los ejemplos que pueden mover al infiel a convertirse» (23).

La fe de Lulio en la eficacia y en el poder de la educación la ponen en evidencia los numerosos libros de marcado carácter pedagógico que escribió. No nos detendremos a enumerarlos, sino tan sólo a considerar brevemente el *Blanquerna*, obra de gran originalidad y belleza, donde más claramente se pone de manifiesto el exaltado optimismo pedagógico del autor. En ella traza un plan completo de la reforma de la Iglesia y de la sociedad. «Según la intención de su autor, por ministerio de este libro todos los entuertos serían enderezados y todos los oficios del mundo restituidos a la buena intención con que comenzaron en sus comienzos» (24). El protagonista pasa sucesivamente por los diversos grados de la jerarquía eclesiástica, y con energía y suavidad fácilmente reduce todas las cosas a la intención primera por qué fueron creadas.

Para conseguir la educación de todos los hombres, Lull usará los recursos pedagógicos más variados: los diálogos, las comparaciones, los apólogos, la predicación... Por medio del Arte, *Blanquerna* vence sus propias pasiones y Sor Cana levanta el ánimo de sus monjas. No se olvida del ejemplo, que es el gran instrumento de la educación. Evast y Aloma, padres de *Blanquerna*, después de que éste les ha abandonado para seguir su vocación, renuncian a sus bienes, viven en pobreza, practican la caridad con todos... Por la fuerza de su ejemplo, el lujurioso se torna casto; el avaricioso, liberal; el irascible, paciente...

Toda la obra respira esa confianza en la educación, que acredita a Lull de gran optimista en el terreno de la pedagogía.

JUAN MATEU ALBA

(23) Cap. V, págs. 143-144.

(24) Riber, L., *Raimundo Lulio*, pág. 86.